

Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 1989

Número: 25

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 25 (1989). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3452>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

ISSN 0187-182x

HISTÓRICAS

Febrero 1989



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

25

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Roberto Moreno de los Arcos
Director

Virginia Guedea
Secretaria académica

Investigadores

| | |
|-----------------------------|----------------------------|
| Carlos Bosch García | Carlos Martínez Marín |
| Johanna Broda | Álvaro Matute Aguirre |
| Rosa de Lourdes Camelo | José Luis Mirafuentes |
| Víctor M. Castillo Farreras | Josefina Muriel |
| M. Felipe Castro | Edmundo O'Gorman |
| François Delaporte | Juan A. Ortega y Medina |
| Patricia Galeana | Sergio Ortega Noriega |
| M.J. García Quintana | Ignacio del Río |
| Amaya Garritz Ruiz | Rubén Romero Galván |
| Peter Gerhard | Ernesto de la Torre Villar |
| Lino Gómez Canedo | Carmen Yuste |
| Miguel León-Portilla | Gisela von Wobeser |
| Teresa Lozano Armendares | |

Técnicos académicos

| | |
|----------------------------|-------------------------|
| Rosalba Alcaraz Cienfuegos | Patricia Osante Carrera |
| Guadalupe Borgonio Gaspar | José Ruiz de Esparza |
| Cristina Carbó | Ricardo Sánchez Flores |
| Ramón Luna | Juan Domingo Vidargas |
| Javier Manríquez | |

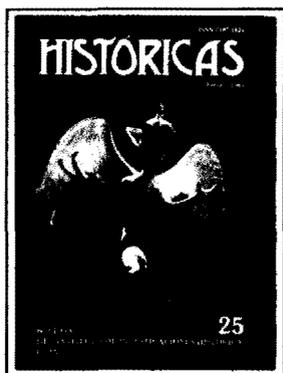
Manuel Portillo Gámez
Secretario administrativo

Marianela Heredia Abarca
Bibliotecaria

HISTÓRICAS 25

Febrero 1989

BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM



Portada:

Alebríjes. Figuras fantásticas de cartón decoradas al pincel y barnizadas. Ciudad de México.

DIRECTOR

Roberto Moreno de los Arcos

EDITORA

Cristina Carbó

Índice

Artículos 3

Reflejo de una crisis en una crónica jesuítica.
Sigismundo Taraval y su testimonio sobre la
rebelión de los californios del sur 3
Ignacio del Río

Noticias 23

Publicaciones 27

Reseñas 31

Brígida von Mentz, Verena Radkau, Daniela
Spenser y Ricardo Pérez Montfort, *Los empresarios
alemanes, el tercer Reich y la oposición de derecha
a Cárdenas* 31

por Álvaro Matute

Miguel Soto, *La conspiración monárquica en
México. 1845-1846* 34

por Juan A. Ortega y Medina

Jesús Gómez Serrano y Enrique Rodríguez Varela,
Aguascalientes en la historia. 1786-1920 40

por Gisela von Wobeser

Para este número se utilizan ilustraciones de
Artesanía popular mexicana y *Lo efímero y eterno
del arte popular mexicano*.

Reflejo de una crisis en una crónica jesuítica. Sigismundo Taraval y su testimonio sobre la rebelión de los californios del sur*

Ignacio del Río**

Varias obras de rico contenido testimonial debemos a los cronistas jesuitas que obraron como misioneros de la California o que, sin haber estado en la península, pudieron recoger en sus textos una información fehaciente sobre los asuntos californianos. Algunas de esas obras, como las de Venegas-Burriel, Baegert y Clavijero, circularon impresas desde el siglo XVIII. Otras, en cambio —es el caso del voluminoso manuscrito de Miguel del Barco—, hubieron de pasar largo tiempo en los repositorios documentales antes de ser objeto del interés y el cuidado de editores que hicieran posible su difusión en letra impresa. Entre los textos jesuíticos formulados con la intención de dar cuenta del acontecer histórico regional hay, en fin, algunos que sólo se han publicado en forma compendiada o bien traducidos a una lengua distinta de aquélla en que los escribieron sus autores.

Entre estos últimos se encuentra precisamente el que hoy se reconoce con el nombre —que tal vez no le pusiera su autor, el padre Sigismundo Taraval— de *Historia de las misiones jesuíticas de la California Baja, desde su establecimiento hasta 1737*. Traducida al inglés, prologada y anotada por Marguerite Eyer Wilbur, esta *Historia*, que es, desde el punto de vista formal, una especie de diario o crónica que cubre acontecimientos que tuvieron lugar en la California peninsular entre los años de 1734 y 1737, fue publicada hace ya casi medio siglo por The Quivira Society.¹ Hasta el momento, sin embargo, no se ha hecho edición del texto en castellano, es decir, en la lengua en que originalmente fue redactado.

El manuscrito hológrafo de Taraval, el de la *Historia* antes mencionada,

* Este trabajo fue presentado en el III Coloquio de Análisis Historiográfico, el que se realizó en Ciudad Universitaria, México, D.F., el año de 1980.

** Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

¹ Sigismundo Taraval, *The Indian Uprising in Lower California, 1734-1737, as Described by Father...* translation, with an introduction and notes, by Marguerite Eyer Wilbur. Los Angeles, The Quivira Society, 1931, xii-298 p., ils., maps. La obra ha sido reimpressa: New York, Arno Press, 1967.



Banda de músicos. Esculturilla en barro hecha a mano y al molde. Tlaquepaque, Jalisco.

forma parte de los fondos que integran la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry, de Chicago,² la que —digámoslo de paso— a solicitud del doctor Miguel León-Portilla proporcionó al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM una copia microfilmica del documento. Paleografió el texto nuestra ya desaparecida compañera de trabajo, la señorita Beatriz Arteaga, gracias a cuyo esfuerzo contamos en el Instituto con una copia mecanoescrita que consta de doscientas cincuenta y una cuartillas. Hemos de señalar que el original del manuscrito está incompleto, pues ha perdido algunos folios, al parecer los cuatro primeros y unos nueve de la parte final. En esas condiciones fue recibido por la biblioteca que hoy lo conserva, a donde llegó después de pasar por las manos de diversos poseedores y de haber sido objeto de varias operaciones de compraventa. Hasta donde sabemos, el documento estuvo alguna vez en posesión de don José Fernando Ramírez, fue luego vendido en Londres a un comprador de nombre Bernard Quaritch y adquirido, al fin, por Edward E. Ayer, quien lo incorporó a su famosa colección.³ Como en otros casos similares, y aun cuando lamentemos la pérdida de las páginas en que tal vez se declararan explícitamente los propósitos y conclusiones del autor, hemos de celebrar que el manuscrito no haya sufrido mayores daños y que finalmente haya venido a parar en un repositorio seguro.

Para dar alguna idea del carácter de esta fuente documental hemos de empezar por decir que básicamente se contiene en ella una reseña bastante detallada de la rebelión indígena que estalló en el sur de la península el año

² Biblioteca Newberry, Chicago, *Colección Ayer*, ms. 29 873.

³ Taraval, *The Indian Uprising...*, p. 21-22.

de 1734 y de la campaña militar subsecuente llevada a efecto para dominar de nueva cuenta a la población nativa de dicha región. Ceñido en líneas generales a esa temática, el texto es revelador de varias interesantes realidades. Hay en él, por ejemplo, una apreciable información etnográfica sobre los grupos autóctonos, particularmente sobre los de habla guaycura y pericú, y abundantísimos datos que podrían aprovecharse para el estudio de los efectos que la presencia de los misioneros jesuitas y el orden de vida impuesto por ellos produjeron en las comunidades indígenas sureñas, encaminadas por cierto desde entonces hacia su futura y no muy remota extinción. Respecto al carácter de la obra hay que destacar también que, al hacer el relato de los acontecimientos, el autor no se empeña en una tarea puramente descriptiva sino que procura en todo caso interpretar los hechos, elucidar su sentido y dar así una explicación de los mismos. Casi huelga agregar que el escrito de Taraval no escapa a una condición que es propia de toda versión de una realidad histórica: la de ser ante todo un testimonio de la conciencia que de ese mismo acontecer tuvo el autor del documento.

La obra está redactada, como ya dijimos, a la manera de un diario en el que los hechos se consignan según su sucesión cronológica, aunque es de señalarse que no faltan en el escrito digresiones y referencias a acontecidos anteriores al inicio de la rebelión. No sabemos a ciencia cierta en qué momento y bajo qué precisas circunstancias fue finalmente redactado el texto. Es posible que el autor, testigo cercano y a veces presencial de muchos de los sucesos que dejó referidos, lo escribiera mientras se desarrollaba la campaña militar o muy poco tiempo después de que ésta quedara concluida. Sea como fuese, es claro que se trata de un documento formulado al calor de una experiencia vital todavía intensa y de la que se hacía necesario dar



Pelea de gallos. Miniaturas de barro pintadas con anilinas y yema de huevo. Tlaquepaque, Jalisco.

oportuna cuenta para lograr el doble propósito de justificar la política misionera de los jesuitas en California y señalar los peligros que entrañaría el apartarse de las que el autor estimaba como obligadas líneas de acción. De haberse elaborado este documento tardíamente sería difícil explicar su inocultable intención pragmática. En el fondo, aunque ciertamente de manera harto explícita, la historia que hace Taraval es un alegato en favor de la continuidad de un modo de gobierno, el que instauraron los misioneros ignacianos en la península, puesto momentáneamente en crisis por ese acontecimiento crucial que, según procuraremos mostrar, fue la rebelión de los californios del sur. Al efecto conviene que introduzcamos aquí ciertos tópicos relativos a la empresa jesuítica californiana que seguramente nos ayudarán a esclarecer el significado que esa rebelión tuvo para los misioneros jesuitas y el que de suyo tiene el texto de Taraval.

Circunstancias que no viene al caso referir en este momento confluyeron para dar a la Compañía de Jesús, el año de 1697, la oportunidad de hacerse cargo de una conquista que, por repetidas experiencias, se tenía por casi imposible de realizar: la de California. Durante el siglo y medio anterior, múltiples expediciones enviadas a la península con el fin de establecer allí alguna base de colonización habían tenido que regresar a la parte continental de la Nueva España sin haber logrado otra cosa que fracasar rotundamente en su empeño. Tierra a la que sólo podía llegarse por la vía marítima, escasa de agua y, por tanto, poco propicia para la agricultura, poblada además por grupos aborígenes que basaban su existencia en la pesca, la caza y la recolección, la península no ofrecía a los grupos expedicionarios sino insuficientes recursos de manutención y sobrados motivos de desaliento. Con la entrada que, por virtud de un decreto virreinal, hizo a la California el misionero Juan María de Salvatierra en el mes de octubre del referido año de 1697, quedó finalmente superada aquella larga tradición de fracasos y se iniciaron, ya en forma definitiva, la ocupación del país peninsular y la conquista de su población nativa.

Los jesuitas llegaban a California, claro está, como misioneros, pero también como jefes de la empresa conquistadora, ya que, según quedó establecido en el decreto que sirvió de base legal para la entrada, estuvieron autorizados para llevar consigo a la gente de armas "que pudieren pagar y municionar a su costa", así como para nombrar y remover a los jefes de dicha tropa y designar, en nombre del rey, a las personas que hubieren de administrar justicia.⁴ Tan extraordinarias concesiones permitieron a los religiosos tener bajo su control el gobierno de la provincia y orientar el proceso de conquista en función de los objetivos misionales. En un principio por lo menos, California no fue territorio abierto a la colonización de sectores

⁴ El decreto de autorización puede verse en Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, estudios preliminares por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1970, xlii-262 p. (Col. "Sepan cuántos...". 143). p. 89-90.



Figuras de madera. La imagerie popular tiene una gran tradición en los pueblos indígenas. Chiapa de Corzo. Chiapas.

laicos independientes de los misioneros: se erigió y se mantuvo cabalmente como una provincia misional.

Los misioneros que participaron en la conquista de California consideraron que el haber podido arraigarse en una tierra tan hostil, tenida incluso por inconquistable, era algo que no podía ser explicado tan sólo como un logro del esfuerzo humano. Sostuvieron así que aquella conquista se había realizado felizmente gracias al concurso de una fuerza ultraterrena sin el cual, de cierto, la debilidad humana hubiera sido incapaz de sobreponerse a las adversidades que ninguna de las expediciones anteriores había logrado vencer. Prevalció entre ellos la idea de que la conquista obedecía a un designio de la Divinidad y que por ello había tenido que verse cumplida de un modo necesario. En los escritos que dejaron los misioneros, el tema de la intervención providencial tiene una decidida orientación mariana. Los padres Salvatierra y Piccolo, por ejemplo, solían afirmar en sus comunicaciones que era la Virgen “la descubridora” de la tierra, “la conquistadora” de los indios, “la pobladora” que había asegurado el buen éxito de la ocupación.⁵ Ella, aseguraba Piccolo, había obrado además el portentoso de trasmutar la tierra en otra distinta de la que antes había sido.⁶

Una convicción que resultaba consecuente con estas ideas fue la de que, siendo aquella conquista obra de la Virgen —“conquista mariana” la llama-

⁵ Vid., por ejemplo, las cartas de Salvatierra que se publican en *Documentos para la historia de México. 2a. serie*, México, Imprenta de F. Escalante, 1854, v. I, p. 103-157, especialmente las p. 109, 146 y 153. Vid. también Francisco María Piccolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, edición, estudio y notas de Ernest J. Burrus, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962, xxiv-484 p., láms., mapas (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 14), particularmente las p. 170-171 y 197.

⁶ Piccolo, *op. cit.*, p. 58.



Juguetes y miniaturas de palma policromada. Santa María Chichimecatitlán, Puebla.

ba Salvatierra,⁷ mariano tenía que ser el mundo que se había ganado. Unos días después de quedar fundada la primera misión, la de Loreto, Salvatierra escribió al padre Juan de Ugarte diciéndole que se había declarado al territorio californiano “por reino de María” en virtud de haber sido ella “la conquistadora y juntamente pobladora”.⁸

A partir de elaboraciones ideológicas como las apuntadas el proyecto misional de los jesuitas empezó a cargarse de elementos utópicos, para lo que no faltó el estímulo de las circunstancias en que se efectuó la entrada. La empresa jesuítica difería de las empresas de colonización precedentes en cuanto a su estructura, su organización y sus fines explícitos, que no podían ser otros que la cristianización de los indios y el sometimiento de éstos a un orden de vida misional. Podríamos decir que, desde el punto de vista de las autoridades civiles, se trataba de un recurso alternativo que se esperaba sirviera para hacer posible un movimiento de expansión que exigía por entonces la estrategia defensiva del Imperio. Los jesuitas no ignoraron los intereses políticos del Estado, con los que procuraron mostrar una completa coincidencia, pero tampoco dejaron de advertir y valorar las perspectivas de acción que se abrían para ellos en la nueva provincia tanto por la posición de mando que tenían dentro de la empresa como por las condiciones de relativo aislamiento en que habrían de desempeñar sus trabajos misioneros. La cuestión de los fines, declarados como eminentemente evangélicos y aje-

⁷ Por ejemplo en *Carta a Juan de Ugarte: Loreto Conchó*, 9 julio 1699, en Biblioteca Nacional de México (BNM), *Archivo Franciscano* 3/40.5, f. 22.

⁸ *Carta a Juan de Ugarte: Loreto*, 27 noviembre 1697, en *Documentos para la historia de México*, 2a. serie, v. 1, p. 153.

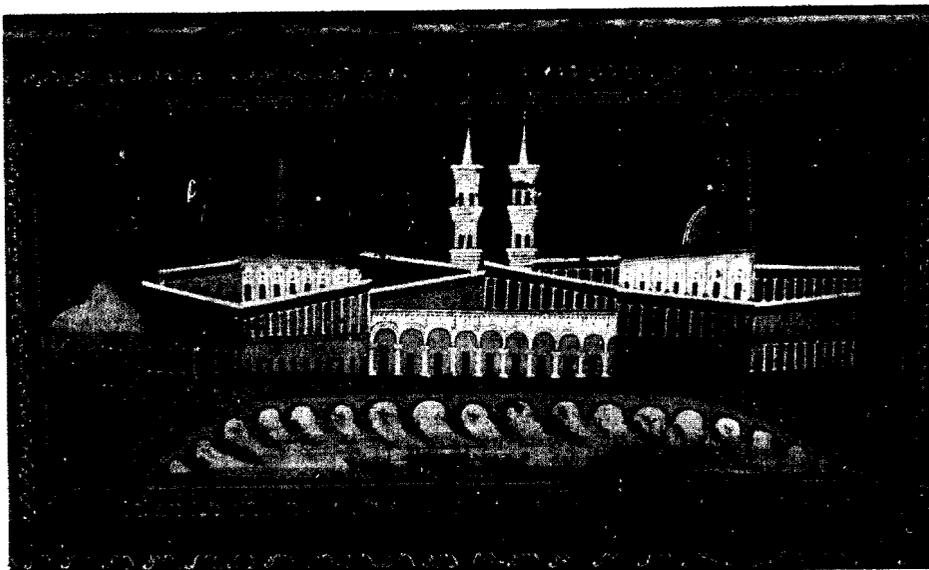
nos a cualquier propósito de lucro, reforzó la interpretación providencialista y contribuyó a la idealización del proyecto misional. En una de las primeras cartas escritas por Salvatierra desde Loreto, decía este religioso a su correspondiente:

puedo asegurar... que, a no haberse hecho la entrada a esta conquista con total independencia de almirantes y otros, nos hubiéramos vuelto atrás, ni se hubiera descubierto otra tierra buena, sino la mala de siempre, y tierra para salir y no para entrar, tierra finalmente con ojos de tierra; y [hubiéramos estado] ciegos de tierra, que no mirando a lo purgado de aires limpios y despejados del cielo sino todo a fines bajos y terrenos, no llevan la bendición del cielo, aquella bendición que hace la tierra cielo.⁹

El texto muestra claramente la significación que Salvatierra otorgaba al hecho de que fueran religiosos y no militares los jefes de la empresa. La ascendencia jerárquica de los primeros, a más de cerrar el paso a las ambiciones de lucro, garantizaba la preeminencia del objetivo religioso y esto era lo que, en última instancia, según el dicho de Salvatierra, había hecho a los misioneros merecedores de la bendición del cielo y de California un lugar de arraigo para los cristianos. Indica también el pasaje citado lo que este misionero creyó estar en camino de alcanzar: que un ámbito terreno deviniera celestial. La jefatura jesuítica, defendida por Salvatierra y sus sucesores como una condición necesaria para el sostenimiento de la colonia, se ligaba desde estos primeros momentos con el ideal de vida cristiana que se perseguía.

No fue el de los jesuitas un empeño enteramente nuevo en la América de las utopías cristianas, sin duda. Acaso fue tan sólo renovador de viejos ideales. Pero el caso es que los misioneros de California, sobre todo los que primeramente llegaron a la península, acometieron la empresa de conquista seguros de que llegarían a formar en esas tierras un mundo marginado del resto de la sociedad colonial, en el que, por virtud del celo de los sacerdotes, pudieran revivirse las prácticas del cristianismo de los primeros tiempos. El medio para lograr esto era, por principio, la evangelización de los aborígenes, su sometimiento, como se decía, "al suave yugo de la fe cristiana". Pero no nada más los indios formarían aquella sociedad. El mundo que se esperaba ver surgir no admitiría excepciones, de modo que también el grupo conquistador, formado por misioneros, soldados y dependientes, debía asumir un mismo compromiso moral y religioso, refrendado continuamente en la práctica cotidiana. Dieron por descontado los misioneros que una colectividad que viviera en armonía con Dios tenía que ser armónica en sí misma por cuanto que todos los componentes del conjunto social estarían em-

⁹ Carta a Juan de Ugarte: Loreto Conchó, 9 julio 1699, en BNM, *Archivo Franciscano* 3/40.5, f. 24-24v.



Arcón pintado al maque. Detalle. Olinalá, Guerrero.

peñados en alcanzar una meta común: la de la salvación eterna. De allí que declararan su deseo de impedir que las ambiciones enraizadas en la vida temporal del hombre se impusieran a las instancias de carácter espiritual, y que postularan que la explotación de la naturaleza y del trabajo humano debía ser en todo caso un medio, nunca un fin.

Si el futuro les pareció a estos misioneros tan promisorio, la realidad que les resultaba más inmediata también fue vista por ellos con complacencia. Su visión de la tierra y el concepto que se formaron de los aborígenes peninsulares reflejan el optimismo con que dieron principio a sus trabajos misioneros. Después de haber hecho varias expediciones hacia el interior de la tierra, Pícolo refería el hallazgo de “hermosas vegas, valles muy amenos, muchas fuentes, arroyos, ríos muy poblados en las orillas de muy crecidos sauces”, y aseguraba que en aquel mundo reputado hasta entonces como un “infierno estéril” había nada menos que “pedazos de paraíso terrenal”.¹⁰ El padre Ignacio María Nápoli estaba convencido de que California no tenía parangón en cuanto a sus ventajosas condiciones físicas y llegó a afirmar que, según su propia experiencia, allí llovía tanto como en México y Puebla.¹¹ No es la imagen de una tierra seca y hostil sino la de una feraz y acogedora la que quedó dibujada en muchos de los escritos de estos hom-

¹⁰ Pícolo, *op. cit.*, p. 58. Vid. también las p. 62-63.

¹¹ Ignacio María Nápoli, *Relación del padre... acerca de la California, hecha el año de 1721*, en *Memoria del primer congreso de historia regional*, 2 v., Mexicali, B. C., Gobierno del Estado de Baja California. Dirección General de Acción Cívica y Cultural, 1958, p. 288-289. Vid. también la p. 294. La transcripción paleográfica del texto de Nápoli fue hecha por Roberto Ramos.



Arcón pintado al maque. Detalle. Olinalá, Guerrero.

bres. Y no menor fue el entusiasmo con que se habló del indígena, de su buena índole y capacidad para doblegarse ante la fuerza de la razón, de su mansedumbre natural y su inclinación a aceptar las enseñanzas de los misioneros.¹² En verdad que sin ese optimismo ante el presente hubiera sido difícil que se conservara la fe en la futura perfección de la sociedad misional.

Por lo que respecta al mundo físico, pronto tuvieron los misioneros que reconocer que no era tan pródigo como se pensaba en un principio y que, antes bien, sus posibilidades agrícolas eran en extremo limitadas. Se introdujeron cultivos diversos, pero nunca la producción local bastó para el auto-sostenimiento de la colonia. Esto, sin embargo, no hizo disminuir el entusiasmo misionero ni minó las expectativas de llegar a hacer de los californios cristianos ejemplares. En realidad, la experiencia de los primeros contactos con los indios fue más bien alentadora para los religiosos, y el desarrollo mismo de la vida en las misiones, la obediencia que los indios daban a sus ministros y, en general, la paulatina adopción por los nativos de las creencias y prácticas rituales del cristianismo, no se juzgaron sino como muestras patentes de que la acción evangelizadora empezaba a rendir los frutos esperados. Un visitador de misiones, el padre José de Echeverría decía hacia 1729 que era tal el fervor religioso de aquellos indios que no podía “menos de derramar muchas lágrimas de consuelo al oír tantas veces alabar a Dios por boca de los pobres [californios], que poco ha no sabían si había Dios”.¹³ Por cuanto pudo observar durante su visita, el mismo padre Echeverría escribió conmovido respecto de la California misional: “Todo esto está hecho un cielo

¹² Vid. Píccolo, *op. cit.*, p. 65-66.

¹³ Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 v., México, Layac, 1943, v. II, p. 265.

habitado de estos feísimos ángeles".¹⁴ Cercano estaba el día, sin embargo, en que la fe misionera en la mansedumbre natural del indio y en su aptitud para acceder a ciertas formas depuradas de la espiritualidad religiosa se enfrentara a su más dura prueba: la sublevación de los pueblos del sur iniciada el año de 1734.

Aun antes del mes de octubre se habían advertido barruntos de rebelión y quizás el que no se hayan reforzado las escoltas militares de los misioneros del sur sea una prueba de la confianza que aún se tenía en la estabilidad de aquellas reducciones. Pero la rebelión estalló y con extrema violencia. Los ministros de las misiones de Santiago y San José del Cabo fueron víctimas, como también lo fueron los pocos soldados que los acompañaban y varios de los indios empleados en el servicio doméstico. Sigismundo Taraval —volvemos a él—, ministro de la misión de Todos Santos escapó de un final semejante al de sus compañeros gracias a que, avisado por unos indios leales, huyó primero a La Paz y luego, por mar, a la misión de Los Dolores. Tropas del presidio de Loreto fueron movilizadas hacia los territorios en que habitaban los rebeldes, pero también se solicitaron refuerzos militares de fuera. Urgido por el virrey, el gobernador de Sonora y Sinaloa, don Manuel Bernal de Huidobro, pasó a la península con una fuerza militar proporcionada, y fue él quien condujo la campaña contra los indios del sur, que ya para entonces no hacían sino buscar desesperadamente dónde refugiarse para escapar del castigo. La campaña duró algo más de dos años; se dio por terminada cuando Bernal de Huidobro salió de la península con el grueso de su tropa, entrado el año de 1737.

Taraval fue, de todos los misioneros de California, el que de un modo más directo resintió el impacto de tales acontecimientos. Aparte de haber estado en Todos Santos cuando estalló la rebelión y de haber sido el único sobreviviente de los tres misioneros que por entonces laboraban en la región del sur, estuvo después casi siempre al lado de las tropas que acudieron a reprimir a los rebeldes, por lo que puede pensarse que ningún otro de los misioneros acumuló como él tantas y tan inmediatas vivencias del desastre. En unas cuantas líneas resume lo que experimentó en los meses que precedieron a su salida de Todos Santos: "el mes de julio fue de cuidados; el de agosto, de cuidados y sobresaltos; el de septiembre, de cuidados, sobresaltos y angustias, y... el de octubre, de cuidados, sobresaltos, angustias, agonías y muertes".¹⁵ Lo que era simple sospecha en julio fue, pues, angustiada certeza en octubre. Certeza de que los padres habían perdido el control de la situación y de que la violencia desatada de sus neófitos arrasaba todo cuanto allí se había erigido en nombre del cristianismo. Taraval confiesa que perdió por entero el valor cuando supo que los indios habían muerto

¹⁴ Carta al marqués de Villapiente: Loreto, 28 octubre 1729, en BNM, Archivo Franciscano 4/55.1, f. 1.

¹⁵ Sigismundo Taraval, *Historia de las misiones jesuíticas de la California Baja*, desde su establecimiento hasta 1737, par. 39.

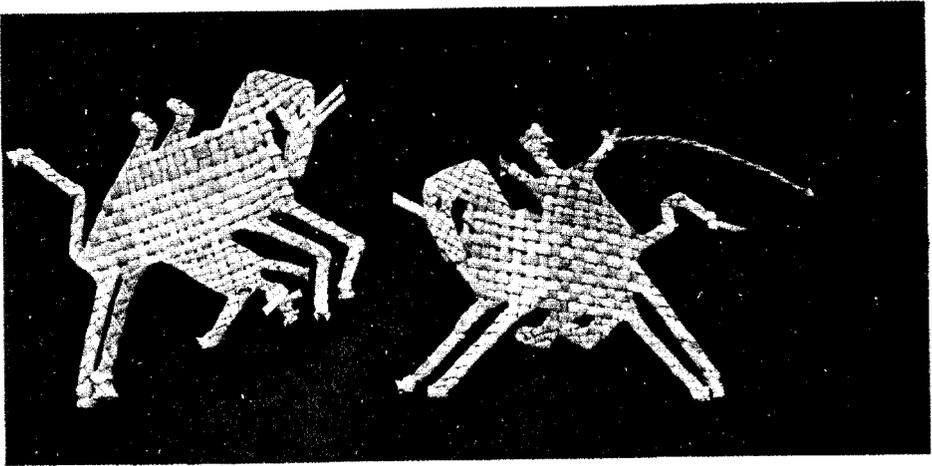


Máscaras de cartón. Celaya, Guanajuato.

a los otros dos padres: “en ninguna ocasión —dice— me vi menos hombre cuando en ninguna necesitaba ser más”.¹⁶

No hay duda de que el alzamiento de los pueblos del sur provocó iguales reacciones de inseguridad y temor en todos los misioneros de California, aun en los que atendían las misiones de la parte norte. Los hechos consumados constituyeron para ellos una sorpresiva y reveladora experiencia que puso al descubierto algunas de las debilidades del sistema de relación establecido entre los misioneros y la población aborigen. De allí que lo ocurrido en el sur se haya considerado también como un síntoma, como un trágico suceso que podía alcanzar mayores proporciones y provocar el derrumbre de todo el sistema misional. En tal forma cundió el temor de que el movimiento se generalizara que se ordenó la urgente concentración de los misioneros en Loreto, como una medida de prevención, mientras que los gestores jesuitas reclutaban indios milicianos en el valle del Yaqui y pedían al virrey el envío inmediato de refuerzos militares. Toda inquietud entre los indios de las misiones fue así motivo de graves sospechas y lo mismo en la misión de Los Dolores, de indios guaycuras, que en las de San Javier y San Ignacio, fundadas entre los tradicionalmente pacíficos cochimíes, se creyó ver indicios de nuevos levantamientos. Los soldados presidiales enviados a la región del sur, a los que acompañó Taraval, se encontraron allí con un enemigo fantasmal. Los insurrectos de unos meses antes no parecían atreverse a tener un enfrentamiento directo con la tropa lauretana, de cuyo contacto en realidad tendían a huir todos los aborígenes de la región, hubiesen o no participado en los asaltos a las misiones. El supuesto de que en cada indio

¹⁶ *Ibid.*, par. 45.



Jinetes tejidos de tule. Ihuatzio, Michoacán.

que se dijera leal podía hallarse un enemigo embozado motivaba en los soldados y los misioneros actitudes de recelo creciente y un franco temor de que la calma fuera tan sólo un presagio de futuros y mayores males. De tal estado de ánimo da cuenta Taraval al referirse a la entrada que hicieron las tropas presidiales a la región del sur al iniciarse el año de 1735:

Todo lo restante de este mes de febrero fue una continua suspensión no sólo de armas, mas de noticias y cartas. Del enemigo no se divisó ni un vestigio, de Los Dolores no hubo la noticia menor y de Loreto no se vio una canoa. Con esto estaban todos suspensos y, como no había qué hacer, todo se les iba en imaginar lo que podía haber sucedido. Acrecentábanse con los días las sospechas como que se les aumentaban los fundamentos: temíase que el enemigo, juntándose, hiciese algún daño en los caballos y en los que estaban en su resguardo. Temíase haberles sucedido algo a los que iban por tierra a Los Dolores. Temíase estar los rebeldes estimulando quizás a que apostatasen también los de Los Dolores y que, juntándose con ellos, hiciesen con aquella misión lo que ejecutaron en las destruidas. Temíase que esas voces que se habían oído en Los Dolores y en San Javier fuera un convoco universal; temíase que hubiera sucedido alguna desgracia en la última misión de nuestro padre San Ignacio. Al fin, todo se temía, porque todo naturalmente se podía temer y, en realidad, todo estaba en lo natural a peligro.¹⁷

Según la afirmación con que el cronista termina este párrafo, ningún temor, ni siquiera el de que todo el edificio misional se viniera abajo, resulta-

¹⁷ *Ibid.*, par. 118.

ba a la sazón infundado o excesivo. Se juzgaba, pues, que una catástrofe total era por lo menos posible. Y si en tales momentos podía esperarse cualquier desgracia, precisa el autor, era porque todo se hallaba "en lo natural" amenazado.

Examinada en el contexto del discurso de Taraval, la precisión no es superflua. No lo es porque convenía a la argumentación del misionero afirmar la idea de que los fundamentos naturales de las misiones eran por sí mismos endebles. Haciendo radicar la amenaza en factores de orden natural cobraba mayor fuerza el argumento de que la salvación únicamente podía derivar de la voluntad divina.

El de Taraval es un providencialismo a ultranza, pero ciertamente que el discurso ideológico elaborado por el misionero de Todos Santos es en muchos sentidos diferente de aquel que construyeron los misioneros de la primera época de la conquista. Las circunstancias históricas no fueron en uno y otro caso las mismas, como tampoco podían ser iguales las actitudes y las expectativas de los religiosos. Ante una crisis como la desatada por la rebelión de los pueblos del sur difícilmente podían seguirse sosteniendo las nociones triunfalistas de tiempos anteriores. Lo que falta en la obra de Taraval es aquella confianza incommovible que se tuvo en la plena redención del indio, aunque no por eso niega el misionero el compromiso que los jesuitas tenían de procurarla. La necesidad que se planteaba, y a la que respondió el escrito de Taraval, era la de explicar la rebelión de tal suerte que no quedara en entredicho el carácter providencial que se había atribuido a la obra fundadora de los jesuitas en California.

Como un punto de partida para explicar la rebelión, Taraval advierte sobre el espíritu de sacrificio que caracterizó a la acción misionera que desarrollaron en la península los padres de la Compañía de Jesús:

...el hallarse en unas tierras que de todo carecen, un desamparo sumo, unas distancias desmedidas, unas soledades continuas, unas administraciones dilatadísimas, unos caminos de montes, sierras y precipicios, unos indios esparcidos entre los montes, con una pobreza, hambres y desnudez indecible[s], es todo esto un agregado que agobiara al espíritu más alentado, y más cuando... todo esto es sobre el trabajo que fácilmente se deja entender, aunque no fácilmente se explica, de administrar, y para administrar fundar, y para fundar juntar, y para juntar instruir, y para instruir reducir a unos indios nuevos y montaraces y bárbaros por todos lados.¹⁸

Todos los esfuerzos que en esas condiciones se hacían, agrega el religioso, "los suavizaba y endulzaba el ver tan asistente la Providencia Divina, los auxilios tan vehementes, tan copiosa la gracia, tan abundante, admirable y palpable el logro y tan atado el Demonio".¹⁹ Los padres, según esto,

¹⁸ *Ibid.*, par. 7.

¹⁹ *Ibid.*

hacían frente a múltiples pero no insuperables adversidades, animados en todo caso por la convicción de que el amparo providencial les allanaba el camino al punto de no permitir que la acción misionera fuera interferida por fuerzas contrarias al fin de la evangelización.

Pero he aquí que llegó un momento en que pareció que ese eficaz auxilio de origen divino se había suspendido y que los misioneros quedaban abandonados a su suerte. Pudo pensarse que eso ocurría porque, aun cuando en el sur empezaba a generalizarse la amenaza de rebelión, nunca acudieron allí las tropas que se habían solicitado a Loreto ni se recibieron siquiera noticias de los demás padres, de modo que, apunta el cronista, aun toda esperanza de socorro humano se sirvió Dios quitar a quienes estaban en tan grande peligro.²⁰ Sin la asistencia de la tropa y sin que de ningún modo pudieran contenerse las inquietudes de los indios, la sensación que privó fue de desamparo e impotencia:

Así —puntualiza Taraval a este respecto— quedamos sólo esperando en Dios y echándonos total y confiadamente en sus brazos; pero muchas veces parecía que no era ni podía ser que Dios nos quería amparar, recibir, oír ni ver, sino que nos había dejado totalmente para burla y risión, escarnio y destrozo de los enemigos, que de todos los modos se burlaban, insultaban y triunfaban.²¹

La desesperanza fue aumentando en el curso del mes de septiembre y en los primeros días de octubre, en la medida en que los misioneros, seguros ya de que “no había de quien esperar en lo humano”, no veían tampoco manifestarse en modo alguno el solicitado amparo divino.²² Quizás Taraval revive una emoción sentida cuando expresa en tono casi lapidario: “Los cielos parecían a los ruegos de bronce: la Divina Señora que no quería ejecutarlos y Dios que dormía como en la nao de San Pedro”.²³

La rebelión, con su secuela de muerte y destrucción, no se podía explicar, en el marco de las ideas providencialistas, sin postular que la Divinidad la había permitido o propiciado. Taraval no elude, pues, esta exigencia, pero encuentra el modo de dar un peculiar sentido a la intervención providencial. Como vimos poco antes, afirma el misionero que la obra de evangelización se había venido realizando en California sin que nada la estorbara, gracias a que los religiosos se habían visto desde un principio plenamente asistidos por la Providencia Divina.

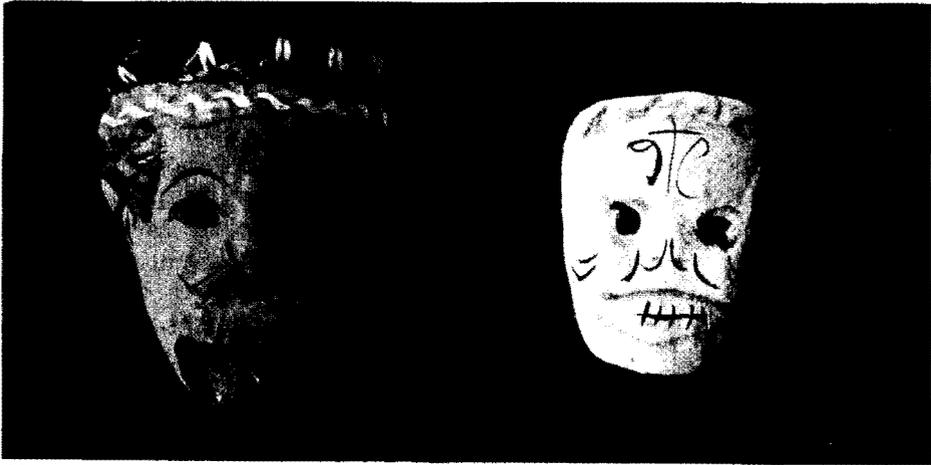
Mas llegó —dice el cronista— el año de 1734 (después de treinta y siete años de haber entrado, haberse extendido y haber triunfado la fe en las islas Californias) en que quiso Dios, para prueba de sus escogidos, castigo de los obstina-

²⁰ *Ibid.*, par. 41.

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*, par. 43.

²³ *Ibid.*



Máscaras de cartón. Celaya, Guanajuato.

dos [y] ejercicio de los ministros evangélicos, desatar al Demonio o darle tanta cadena que lo pareciese.²⁴

El transitorio abandono en que se hallaron los misioneros no era, por tanto, sino un recurso asimismo providencial con el que se sometía a prueba la fe y del que la Divinidad quería servirse para mostrar nuevamente que era atributo suyo dejar caer o levantar la obra humana. La idea se repite en el escrito de Taraval. “Todo lo permitió Dios... para avivar más la fe, para aumentar la esperanza, para hacer más admirable su asistencia y para que se sintiera, viviera y tocara su inmenso e infinito poder, y, con esto, el sumo cuidado, la singularísima atención, el especialísimo cariño con que mira por sus ministros evangélicos...”²⁵

Si ante el peligro cundió el miedo y la confusión, como sucedía cuando una nave era azotada por la borrasca, fue, dice Taraval, insistiendo en la idea del patronazgo mariano, porque así lo permitió “María Santísima, titular, patrona, protectora de esta conquista, para que se echase de ver que su majestad [la majestad de la Virgen] estaba en el timón, cuando hasta la Señora nos podía parecer que dormía”.²⁶

Al explicar, en los términos que acabamos de ver, la rebelión y la crisis inaugurada por ella, Taraval dejó establecidas las premisas ideológicas de su alegato en defensa de los intereses político-misionales de los jesuitas en California. La función pragmática que por la vía de este alegato cumple la

²⁴ *Ibid.*, par. 8.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, par. 142.

interpretación de Taraval se revela con claridad cuando el misionero se ocupa —y lo hace en la mayor parte de su escrito— de la campaña militar dirigida por Bernal de Huidobro. Es de señalarse que el paso de este personaje a la península, si bien obedeció indirectamente al reclamo jesuítico de ayuda militar, dio origen a un conflicto jurisdiccional, dada la circunstancia de que hasta entonces los misioneros habían manejado el gobierno de la provincia y tenido un efectivo control sobre las tropas presidiales. Bernal de Huidobro, quien tenía el nombramiento de gobernador y capitán general de Sonora y Sinaloa y no era nada adicto a los jesuitas, obró a lo largo de la campaña por iniciativa propia, negando con su presencia y con sus actos la autoridad política y militar que habían tenido los misioneros. La crisis alcanzaba así una nueva dimensión, puesto que con la llegada de Bernal de Huidobro el modo de gobierno implantado por los jesuitas en la península quedaba no sólo alterado de hecho sino aun en riesgo de supresión definitiva. Lo que urgía a los jesuitas en esa situación era demostrar que, aun cuando hubiera sido necesario recurrir a la ayuda militar externa, no era al gobernador y a sus hombres sino a la Divinidad a quien había que atribuir entera-

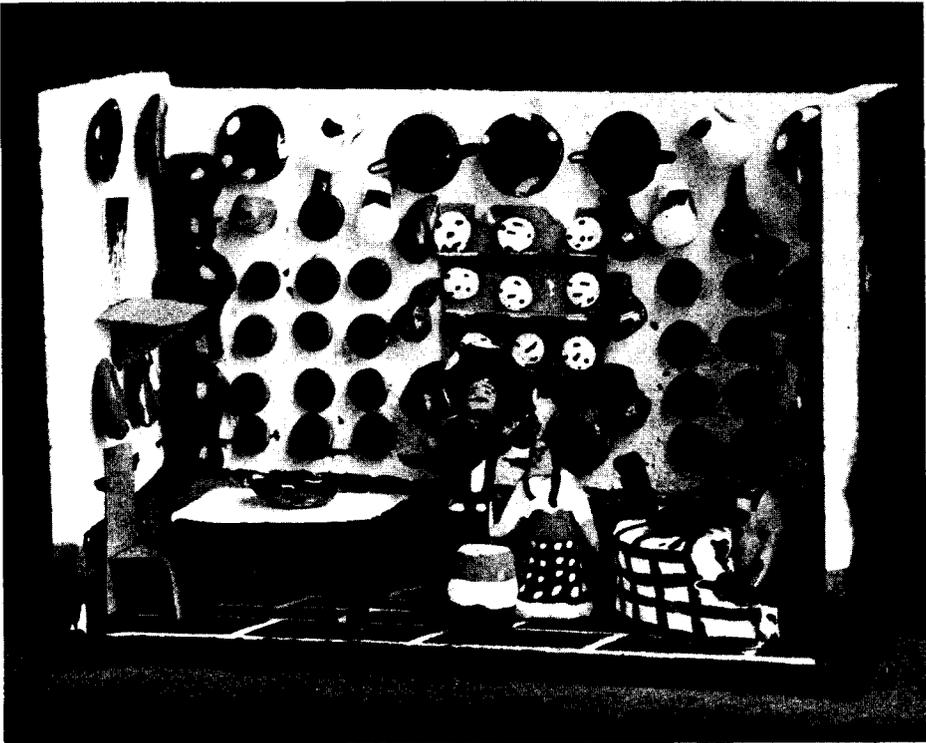


Palomitas. Hechas de algodón laminado. Ciudad de México.

mente el restablecimiento del orden roto con la rebelión. A ese imperativo responde precisamente la crónica de Taraval, de allí que en ella la visión providencialista tenga, aparte de cualquier otro, un claro sentido político. Según la versión del cronista, innumerables portentos obró la Divinidad para premiar la fe de sus ministros evangélicos, mientras que Bernal de Huidobro nada efectivo hizo para lograr la pacificación por haber desoído siempre los consejos de los padres, usurpando las funciones de éstos e ignorado la experiencia de los leales jefes de la tropa lauretana. El relato de Taraval fue hecho, en suma, con la intención de mostrar que, en aquel trance, la fe salía triunfante y la conquista de California se revelaba una vez más como lo que siempre había sido: una obra portentosa que la Providencia Divina confiaba de modo exclusivo a los hombres que cumplían en la península una misión evangélica.

La rebelión tuvo también otros efectos que se reflejan meridianamente en la obra de Taraval: el cambio de la actitud de los misioneros frente a los indios y la final disolución de la utopía cristiana. Es indudable que los padres jesuitas que actuaban en California se sintieron profundamente conmovidos con aquellos acontecimientos que de pronto les hicieron advertir cuán fácil era que los indios se volvieran en contra de sus ministros y de cuanto éstos les enseñaban. Aun el misionero más optimista, el más confiado en la buena marcha de la evangelización debió sentirse atenazado por la duda al saber que los indios insurrectos, muchos de ellos ya bautizados, llevaron su furor al punto de sacrificar a sus ministros, vejar sus cadáveres, victimar asimismo a los soldados y sirvientes de las misiones, quemar los templos, destruir las imágenes, las cruces y los ornamentos sagrados, y hasta matar con evidentes muestras de rencor el ganado que se hallaba en los pueblos. Los "ángeles feísimos" del padre Echeverría hacían ver de ese modo que eran capaces de rebelarse y de dividir aquel mundo que se creía armonizado por la fe cristiana. Aun cuando la rebelión se localizara tan sólo en el sur y quedara comprobada a la postre la fidelidad de los norteños cochimíes, la idea de que el cristianismo establecía un vínculo indisoluble entre los californios y los evangelizadores se volvió necesariamente insostenible. Para los misioneros de California, aquella fue ante todo una crisis de conciencia.

Esa nueva forma de juzgar al indio, de tratarlo, de entender su compromiso con el cristianismo y con el orden misional, se encuentra reiteradamente expresada en las páginas escritas por Taraval. Pocas veces habla el misionero de la lealtad de algún grupo aborigen y muchas, en cambio, de la desconfianza que le merecían los indios con quienes trataba, aun cuando se dijeran cristianos o se ofrecieran para combatir a los rebeldes. Una manifestación de alegría de los indios o una declaración de amistad que ellos hicieran le parecían a Taraval motivos suficientes para entrar en sospecha: "nunca hay más que temer que cuando se ven muy joviales, festivos, y que se muestran muy amigos, pues, no teniendo nada de esto por su naturaleza



Miniatura: Típica cocina poblana en madera y barro. Ciudad de Puebla, Puebla.

servil, agreste y bárbara, se infiere que todo eso es supuesto para alguna traición o algún engaño”.²⁷

Considera que con los californios son contraproducentes el afecto y el buen trato: “aquellos en que el misionero más se esmera, más cuida y más quiere —dice—, esos suelen ser los más perversos, desleales e ingratos”.²⁸ Frente a cierta política de tolerancia y disimulo seguida por Bernal de Huidobro, o frente a las dádivas de chucherías y ofrecimientos de tierras que éste hace a los nativos, Taraval asume una actitud de indignación y arguye que con todo eso se ensoberbecen los alzados y se da pretexto de rebelión a los indios que se hallan de paz. Reclama siempre una mayor energía en el trato con los sublevados y los sospechosos, que dondequiera descubre, y pide que a todos ellos se apliquen castigos ejemplares.

Tal vez pensara el religioso que el castigar a los indios, aun con la pena capital, que en algunos casos postula como absolutamente necesaria, era

²⁷ *Ibid.*, par. 129.

²⁸ *Ibid.*, par. 18.

cumplir al fin y al cabo con un designio de Dios, pues hemos de recordar que, según uno de los pasajes citados, la rebelión fue permitida por la Divinidad, entre otras cosas, “para castigo de los obstinados”. Punitiva, drástica y, a veces, terrible es ciertamente la deidad que protagoniza la crónica de Taraval. Ese Dios descrito por el misionero castigaba con el aniquilamiento total a los que osaban resistirse a la reducción:

En una misión... —refiere—, una entera ranchería se dejó engañar del Demonio, y de toda entera hizo Dios un entero escarmiento, pues, diciendo y publicando que el padre los mataba, se retiraron de la misión, se huyeron a un paraje muy lejos, y, allí donde se tenían y juzgaban seguros, allí mismo entró en ellos el mal [una enfermedad], que ni uno dejó para testigo.²⁹

Terribles son incluso las advertencias de ese Dios que no concede tregua a los que de algún modo se resisten a obedecer el llamado que hacen los misioneros. Refiriendo el caso de una ranchería que no obraba conforme a los dictados de su ministro, Taraval dice que Dios quitó a esa gente “casi todos los párvulos” tan sólo como un aviso para que los sobrevivientes se enmendasen.³⁰

A diferencia de los misioneros que creyeron en la realidad ya presente en la península de un mundo ejemplarmente cristiano, Taraval juzga al cristianismo de los californios como puramente formal, cuando no falso. Algunos párrafos de su obra parecen encerrar una contradicción, como cierto pasaje en que el religioso apunta que los callejús, uno de los grupos de habla guaycura, aun “siendo... los primeros cristianos del sur, nada ejecutaban de cristianos, viviendo después de bautizados con las mismas costumbres, abusos y ritos que cuando eran gentiles, pasando así una vida que era escándalo y deshonor del cristianismo”.³¹ Tal proposición hubiera sido un contrasentido en tiempos anteriores a la rebelión, cuando los misioneros obraban convencidos de que el triunfo de la fe en California era irreversible por cuanto que así lo quería la Divinidad. Pero después de los sucesos de 1734 hablar de cristianos que no se comportaban como tales no resultaba necesariamente una incongruencia, y menos si se admitía, como lo hizo Taraval, que la fe necesitaba someterse radicalmente a prueba para que el creyente alcanzara al fin la gracia divina. Con este principio, por lo demás, se polarizaban las alternativas: con la fe o contra ella, fieles o apóstatas, obedientes catecúmenos o rebeldes en vías de condenación. La función misionera adquiere así en Taraval una dureza que no conocieron sus antecesores. Un recado que el religioso envió a ciertos indios de Todos Santos, neófitos que habían estado a su cargo y que se mostraban dispuestos a acudir a su lado

²⁹ *Ibid.*, par. 5.

³⁰ *Ibid.*, par. 166.

³¹ *Ibid.*, par. 165.

en demanda de protección, exhibe el rigor de los términos en que Taraval quiere que se dé la relación entre indios y misioneros:

Lo que les envié a decir —afirma el religioso— fueron sólo tres cosas: la primera, que yo no los llamaba, pues conocimiento tenían de las cosas y, así, que yo no había de rogar a ellos sino ellos a mí; la segunda, que si estaban y venían arrepentidos yo les perdonaba como Dios manda todo lo pasado y rogaría al señor comandante [Bernal de Huidobro] para que los perdonase si quisiese castigarlos; la tercera, que si no querían [hacerlo así], para ellos sería el mal que padecerían en cuerpo y alma, en sí y en sus mujeres, padres o hijos y parientes, en esta vida y para siempre en la otra.³²

El problema del régimen de gobierno finalmente se solucionó de un modo favorable a los jesuitas. Una vez que Bernal de Huidobro se retiró de la península, las cosas volvieron poco a poco a su cauce normal, no sin algunas contradicciones internas y otras que se originaron en la capital del virreinato. Lo que, en cambio, no habría ya de restaurarse fue la utopía en que se había soñado. Se continuarían los trabajos de evangelización y algunos misioneros llegarían a advertir en sus feligreses “señales de verdaderos cristianos”,³³ pero, con raras excepciones, al indio ya no se le habría de ver sino con una profunda desconfianza. No se dudaría de la sinceridad del esfuerzo misionero, pero sí de la solidez de sus resultados.

La rebelión de los indios del sur es una especie de parteaguas en la historia de las misiones jesuíticas de la península. Desde cualquier ángulo que se la examine —el de las actitudes mentales de los misioneros es tan sólo uno de los muchos posibles— esa rebelión representa un momento de ruptura, un momento en que entran en crisis las estructuras institucionales de la conquista jesuítica y, en general, el sistema de relación hispano-indígena. De esa crisis que, sin duda, condicionó el desarrollo ulterior del proceso misional en California es testimonio de singularísimo valor la crónica de que aquí nos hemos ocupado.

³² *Ibid.*, par. 295.

³³ Vid. Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973, lxxvi-466 p., ils., mapas (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 3), p. 429-430.

Noticias

Historia y Antropología de Sonora

En el *XIV Simposio de Historia y Antropología de Sonora* realizado, como todos los años en Hermosillo, Son., del 21 al 25 de febrero del corriente año, participaron varios miembros del *Seminario de Historia del Norte de México*: Aidé Grijalba presentó una ponencia titulada "Las aguas de la discordia: las controversias del Río Colorado"; José Luis Mirafuentes se refirió a "Legitimidad política y subversión en el noroeste de México. Los intentos del indio José Carlos Ruvalcaba de coronarse José Carlos V, rey de los naturales de la Nueva Vizcaya (Sonora-Sinaloa, 1771)"; Ignacio del Río, participó con el trabajo "De la pertinencia del enfoque regional en la investigación histórica de México" y Juan Domingo Vidargas expuso acerca de "El ausente y postrer

intendente de Sonora y Sinaloa".

Este año, el simposio contó con una nutrida participación de estudiosos provenientes de instituciones nacionales y extranjeras, interesados en la región desde variadas perspectivas y disciplinas. Esto permitió a la reunión una gran riqueza temática, propiciando un valioso intercambio. Según es habitual se discutieron asuntos referidos a salud, educación, literatura, relaciones socioeconómicas, así como cuestiones relativas a las particulares problemáticas de una región de frontera.

Los organizadores, además de ocuparse de los aspectos académicos se esmeraron en las atenciones que prodigaron a los participantes con la ya proverbial hospitalidad sonoreense.

VIII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, octubre 1990

El Comité Conjunto para la Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos invita a la presentación de trabajos para su VIII

reunión, que se llevará a cabo en San Diego, California, en octubre de 1990.

El Comité Conjunto ha decidido

vincular esta reunión a la conmemoración del V Centenario en 1992. El título de la reunión, "México en el medio milenio", subraya esta amplia perspectiva. De acuerdo con el enunciado general, se busca primordialmente la propuesta de trabajos o de mesas completas que traten del contacto entre el Viejo y el Nuevo Mundos y del tema de la integración de México al sistema del mundo moderno, visto el país como un estudio de caso de procesos históricos más amplios. Los impactos mutuos de Europa en México y de éste en el resto del mundo constituyen el enfoque central de este concepto. Los temas que se sugieren son los referentes a estructuras imperiales o estatales; relaciones internacionales; política interna; transformaciones del medio ambiente; vida material y cultura en su sentido más amplio, y temas de interés tradicional de la historia mexicana, tales como la Conquista, la Ilustración, guerras e intervenciones extranjeras, inversión extranjera, etc. El Comité está interesado particularmente en propuestas con enfoques comparativos de relación y estructurales. Dado el sitio en que se celebrará la reunión, son de especial interés los trabajos acerca de las relaciones entre México y los Estados Unidos, así como asuntos de inmigración y de problemas fronterizos. Serán especialmente bienvenidos los trabajos que incluyan comentarios sobre la bibliografía e historiografía relativas a sus temas. Los trabajos específicamente dedicados a la crítica historiográfica sobre cualquier tema serán de particular interés. Dado el énfasis temático en las relaciones de México con el resto del mundo —pasadas, presentes y futuras— las



Viejitos. Figuras de hoja de maíz. Ciudad de México.

propuestas que traten de manera comparativa México, los Estados Unidos y Canadá o sobre México y otras áreas de América Latina o el Viejo y el Nuevo Mundos, así como los enfoques interdisciplinarios y los trabajos de académicos de otras áreas serán también bienvenidos.

Ésta ha de considerarse como la primera Convocatoria general. Rogamos a los interesados nos hagan saber sus opiniones y sugerencias de temas dentro del esquema general antes del 1o. de abril de 1988.

La correspondencia deberá enviarse a la licenciada María Teresa Franco, a la siguiente dirección:

Comité Mexicano de Ciencias
Históricas
Apartado Postal 21-972
04000 México, D.F.

El Comité Conjunto de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos se reunirá los días 10 y 11 de febrero de 1989 en Tijuana, Baja California, y emitirá la Convocatoria definitiva para la reunión de 1990.

Conferencias

Durante los días 18, 19, 20, 25 y 26 de octubre del corriente año se llevó a cabo en el salón de conferencias del Instituto de Investigaciones Históricas el ciclo de conferencias que impartió el doctor Josep M. Solé i Sabaté, miembro de la Universidad Autónoma de Barcelona, de acuerdo con el siguiente programa: "La guerra civil española, prólogo de la agresión nazifascista", "Los bombardeos durante la guerra civil", "Conflictos civiles durante la guerra civil española", "La represión franquista. Metodología para su estudio", y "La experiencia anarquista".

El miércoles 17 de agosto tuvo lugar en el Instituto, una mesa redonda a cargo del doctor Enrique Florescano, sobre el tema "El nacionalismo en México".

El doctor Dietrich Briesemeister, director del Instituto Iberoamericano

de Berlín, y profesor de la Universidad Libre de Berlín, República Federal de Alemania, dictó una serie de conferencias en varios sitios de nuestra ciudad, durante los días 22 a 24 de agosto de 1988. El título de la que impartió en el Instituto de Investigaciones Históricas fue: "Concepción alemana sobre América en los primeros siglos después de la Conquista". En la librería/galería El Juglar, se refirió a "Vorwärts una publicación alemana en México, 1872-1876". Finalmente en el Auditorio Mario de la Cueva, ubicado en la Torre II de Humanidades, el doctor Briesemeister dictó una conferencia acerca de "Hispanidad, historia de una idea política", misma que fue organizada por la Dirección General de Intercambio Académico y el Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas.

Sentido y Proyección de quinientos años de historia en América Latina

Es el título del simposio al que invita la Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos y que se inaugurará el día 20 de octubre del corriente año, a las 10 horas en el Anfiteatro Simón Bolívar, en el An-

tiguo Colegio de San Ildefonso, calle Justo Sierra 16, D.F. Fungen como presidentes Bernardo Sepúlveda Amor y Miguel González Avellar; el coordinador general es el doctor Leopoldo Zea.

Fronteras en Iberoamérica ayer y hoy

La Universidad Autónoma de Baja California, con la colaboración del Instituto de Cooperación Iberoamericana de España y en coordinación con la Universidad Nacional Autónoma de México, el Colegio de la Frontera Norte y la Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos convoca a historiadores, sociólogos, demógrafos, economistas, antropólogos, juristas y demás profesionales de las disciplinas sociales de Iberoamérica y España, así como a los latinoamericanistas de

otros países, a una reflexión de carácter multidisciplinario sobre los fenómenos fronterizos. Para ello se ha organizado un Congreso Internacional sobre "Fronteras en Iberoamérica ayer y hoy", que se realizará del 23 al 25 de agosto de este año en Tijuana, Baja California. Los temas generales del Congreso son: El concepto de frontera; Factores concurrentes en la fijación y alteración de las fronteras; El contenido geopolítico de las fronteras y los tratados internacionales; Las fronteras de Iberoamérica y su relación con los ámbitos lusoamericano y francoamericano; Tensiones y conflictos internacionales generados por las fronteras y Las fronteras como elementos de separación y contacto, para Iberoamérica. En lo que respecta a España, los temas son: El concepto de frontera en el contexto de la península ibérica; Fijaciones y alteraciones de las fronteras en la Península; Las Indias orientales y occidentales como ampliación del ámbito geopolítico y cultural ibérico; España y Portugal: una demarcación geopolítica de alcances universales; La frontera hispanofrancesa y La temática fronteriza en la historia y la actualidad españolas.

Los interesados en participar en este evento pueden dirigirse a: Universidad Autónoma de Baja California, "Congreso Internacional sobre: Fronteras en Iberoamérica ayer y hoy". Apartado Postal 267. C.P. 22000, Tijuana, Baja California, México.



El gendarme: Figura de cartón. Ciudad de México.

Publicaciones

Publicaciones del IIH

Títulos recientes

Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli impresos en Náhuatl. Historia y bibliografía*, 2 t., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988 (Serie de Cultura Náhuatl Monografías/22).

ISBN 968-837-502-0 (Obra completa)

ISBN 968-837-247-1 (Tomo I)

ISBN 968-837-257-9 (Tomo II)

Guillermo Porrás Muñoz, *El nuevo descubrimiento de San José del Parral*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988, 246 p. (Serie Historia Novohispana/39).

ISBN 968-837-966-2.

Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, publicación eventual del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, editor: Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, volumen 11, 278 p.

ISSN 0185-2620.

El índice de este volumen que acaba de aparecer es el siguiente: Juan A. Ortega y Medina, "Científicos extranjeros en el México del siglo XIX"; Luis Alberto de la Garza, "La transición del Imperio a la República o la participación indiscriminada (1821-1823)"; Beatriz Urias Horcasitas, "Conciencia regional y poder central: ensayo sobre el pensamiento separatista yucateco en la primera mitad del siglo diecinueve."



Diablo: Ciudad de México.

ve"; Gerardo Sánchez Díaz, José Alfredo Uribe Salas y José Napoleón Guzmán Ávila, "Michoacán: tres décadas de historia militar; Ana Rosa Suárez Argüello, "El interés expansionista norteamericano en Sonora (1848-1861)"; Evelia Trejo, "La introducción del protestantismo en México: aspectos diplomáticos"; Lourdes Alvarado, "Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza biográfica"; Martha Strauss Neuman, "Wilson y Bryan ante Victoriano Huerta: ¿intervencionismo convencional o imperialismo moralista? La perspectiva norteamericana"; Marta Ramos, "La élite militar revolucionaria en México, sus orígenes socioculturales y ligas personales"; Luis Cerda González, "La influencia del sector externo en el proceso de industrialización mexicano durante los primeros años posrevolucionarios, 1920-1940". Reseñas bibliográficas: Álvaro Matute, *Biblioteca de obras fundamentales de la Revolución Mexicana*; Álvaro Matute, *México y los Estados Unidos ante el derecho internacional* de Toribio Esquivel Obregón; Álvaro Matute, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México* de Andrés Lira; Álvaro Matute, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano* de Francisco José Paoli.

En prensa

Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California [Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas]*, 2a. ed., edición, estudio preliminar, notas y apéndice de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988

(Serie historiadores y cronistas de Indias/3).

Estudios cuantitativos sobre la historia de México, edición de Samuel Schmidt, James W. Wilkie y Manuel Esparza, México, Universidad Nacional Autónoma de México —University of California, Los Angeles-Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988.

Primer coloquio de documentos pictográficos de tradición Náhuatl, presentación de Carlos Martínez Marín, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989 (Serie de Cultura Náhuatl Monografías/23).

Tlalocan, Revista de Fuentes para el Conocimiento de las Culturas Indígenas de México, Volumen XI, editada por Miguel León-Portilla y Karen Dakin, editora técnica asociada: Guadalupe Borgonio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1989.



Máscara de tigre: Madera de Tzompantle laqueada. Olinálá, Guerrero.

Publicaciones del

Instituto de Investigaciones Estéticas

Títulos recientes

De la Fuente, Beatriz, Silvia Trejo y Nelly Gutiérrez Solana, *Escultura en piedra de Tula. Catálogo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 238 p., 164 ils. (Cuadernos de Historia del arte 50). ISBN 968-36-0325-4.

Espinosa, Elia, *Jean Cocteau; El ojo entre la norma y el deseo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 226 p., 16 ils. (Estudios de Arte y Estética 29). ISBN 968-36-0322-X.

Curiel, Gustavo, *Tlalmanalco, Historia e iconografía del conjunto conventual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 236 p., 110 ils. (Monografías de arte/17). ISBN 968-36-0426-9.

Báez Macías, Eduardo, Jorge Guerra Ruiz y Judith Puente León, *Libros y grabados en el fondo de ori-*

gen de la Biblioteca Nacional, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 44 p., 88 ils. (Cuadernos de historia del arte 33). ISBN 968-837-181-5.

García Barragán, Elisa, Luis Mario Schneider, *Ramón López Velarde, álbum*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, viii-254 p., ils. (Colección Fuera de



Máscara para la danza de los paragüeros. Estado de Tlaxcala.

Serie).
ISBN 968-36-0497-8.

Rodríguez Prampolini, Ida, *Ensayo sobre José Luis Cuevas y el dibujo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 142 p., 87 ils.
ISBN 968-837-854-2.

Simpatías y diferencias. Relaciones del arte mexicano con el de América Latina. X Coloquio Internacional de Historia del Arte del Instituto de Investigaciones Estéticas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 422 p., ils. (Estudios de arte y estética 28).
ISBN 968-36-0016-6.

Historia, leyendas y mitos de México: su expresión en el arte. (XI Coloquio Internacional, en México, D.F.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 434 p., ils. (Estudios de arte y estética 30).
ISBN 968-36-0324-6.

Aguilar, Luis Miguel, *et al.*, *Minutos velardianos. Ensayos de homenaje en el centenario de Ramón López Velarde*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Comisión Conmemorativa del Centenario de Ramón López Velarde, 1988, 276 p., ils. (Cuadernos de historia del arte 49).
ISBN 968-837-722-8.



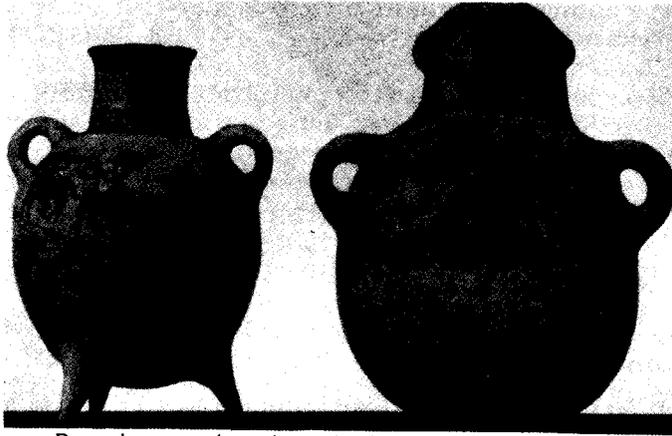
Figuras de vidrio soplado. Colección MNAIP.

Reseñas

Brigida von Mentz, Verena Radkau, Daniela Spenser y Ricardo Pérez Montfort, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, 2 v., México, Ediciones de la Casa Chata, CIESAS, 1988. (Colección Miguel Othón de Mendizábal, 11 y 12).

A los tres temas expresados en el título de esta obra es preciso agregar uno más: la colonización alemana en el Soconusco, el cual, si bien puede quedar comprendido bajo el rubro de “los empresarios alemanes”, su especificidad regional lo distingue. La investigación y redacción de los apartados respectivos corrió a cargo de Daniela Spenser. El más general sobre los empresarios y las empresas de origen alemán en México se debió a Brigida von Mentz. Por su parte, Verena Radkau se ocupó de los aspectos internacionales, es decir, el ascenso del nacionalsocialismo, el establecimiento del Tercer Reich y la labor diplomática y propagandística de los alemanes en México y, finalmente, Ricardo Pérez Montfort escribió lo tocante a la oposición de derecha a Cárdenas. En suma, es una obra colectiva que, siguiendo una línea cronológica que arranca en el último tercio del siglo XIX y concluye en la década de los treinta y tempranos cuarentas, tiene por objeto dar a conocer aspectos fundamentales de la relación entre Alemania y México a través de aspectos económicos, sociales, políticos y —en menor medida— culturales.

El escollo principal de toda obra colectiva es el de la integración de sus elementos. Este libro de largo título a veces logra superarlo y a veces no. Hay integración y continuidad clara entre las partes de los empresarios alemanes y la colonización del Soconusco, como también existe un puente entre estos asuntos y el de la historia alemana de finales del siglo XIX al ascenso de Hitler. En cambio, no es tan clara la continuidad entre estos temas y el de la oposición de derecha a Cárdenas, el cual, si bien tiene como gran telón de fondo el predominio fascista en Europa, no



Vasijas para agua. Barro de una cochura decorado al pincel con motivos tradicionales. Estado de Guerrero.

es muy fuerte la liga entre las expresiones derechistas mexicanas y los elementos provenientes de Alemania. No obstante, esa parte final del libro no está de más. Hay también un breve capítulo sobre el Colegio Alemán de México, de 1894 a 1942, debido a Brígida von Mentz, bien integrado en el contexto de la obra, tanto por lo que se refiere a la relación con las partes escritas por Verena Radkau como por las trabajadas por Pérez Montfort, que constituye una excelente monografía por el análisis externo e interno de la dinámica del Colegio y el perfil de la preparación y actividades de sus escolares.

En otro orden de consideraciones, el libro es notable porque abarca de manera muy rica las tres dimensiones espaciales en las que se desarrolla la historia: la mundial o internacional, la nacional y la regional. Por lo que se refiere a un libro cuyo tema es la presencia de un grupo inmigrante en un país, la historia se debe referir al espacio original, en este caso Alemania, tanto en el momento en el que se origina la migración como posteriormente, para no perder la línea de la posible relación entre los dos países, relación que no se agota o no debe agotarse con los contactos diplomáticos y/o comerciales sino con el de la política exterior del país originario. En este libro se da con excelencia este renglón, que muchos historiadores locales eluden o incluso desdeñan. Verena Radkau da muestra de rigor en sus capítulos sobre Alemania, lo cual es un ejemplo a seguir por lo que implica de desprovincianización de nuestra historiografía. Muchos pretenden dar por sabida la historia externa y concretarse a nuestras cosas. Los textos reseñados enseñan que nuestro medio posee la suficiente madurez para atreverse a hacer una síntesis histórica de las vicisitudes de la Re-

pública de Weimar y el ascenso de Adolfo Hitler. No implica investigaciones “originales” ni proposiciones novedosas; es una buena síntesis, lo que puede y debe hacerse en estos casos, para que el lector le de a un tema nacional sus dimensiones mundiales.

La otra gran aportación de los capítulos de Verena Radkau consiste en la desmitificación de una situación que el recuerdo individual o colectivo ha desfigurado o inventado. Con rigor documental se establecen las relaciones tanto diplomáticas como de espionaje, así como la labor propagandista del Reich en México y se acotan sus verdaderos alcances. Esto es importante, como también lo sería hacer la historia de mitos e invenciones propiciadas por el sensacionalismo periodístico. No es objeto perseguido por la autora, desde luego, por lo cual lo que nos da a los lectores es más que suficiente para caminar con paso firme en el tema de las relaciones germano-mexicanas.

Los textos de Brígida von Mentz son continuación de otras investigaciones que, con el rigor y la seriedad que la distinguen, ya había dado a conocer. Su campo de trabajo es el de la presencia de los hombres de empresa alemanes que se establecieron en México desde el siglo XIX y la evolución de sus negocios, así como todas las dimensiones de su presencia en México. Sus textos ilustran lo que se refiere a la dimensión nacional, dada la extensión de la presencia de diferentes núcleos de negociantes alemanes.

En cambio, los trabajos de Daniela Spenser, como quedó expresado al principio, se ubican en la dimensión local. Es indudable que el peso de los alemanes en el Soconusco le dio a esta región chiapaneca una característica fundamental. En las partes de este libro debidas a su pluma, la historia regional está bien presente, matizando y especificando lo que podría haber permanecido en la generalización. El rigor de Daniela Spenser se pone de manifiesto en sus capítulos y secciones.

Por último, la dimensión nacional vuelve al primer plano en todo lo referente a la oposición de derecha a Cárdenas. Como ya quedó planteado, es aquí donde el vínculo temático es más débil, ya que los grandes ejemplos internacionales de la derecha emergente mexicana de esos años estaban más en el falangismo español y después en el franquismo, que nos tocaba más de cerca que el fascismo italiano o el nacionalsocialismo alemán. Pero al ser este último el que alcanzó las mayores dimensiones mundiales, es indudable que también era un marco de referencia atendible por los creadores y seguidores de los movimientos derechistas mexicanos. Independientemente del marco externo, cabe ponderar la aportación de Pérez Montfort al estudio de las tendencias con-

servadoras y reaccionarias mexicanas con una base sólida y con una actitud que tiende a la explicación histórica, más que a la diatriba. Si bien es difícil vencer el maniqueísmo cuando se estudian estos casos, ya es tiempo de que se les trate como algo que existió por un conjunto de razones de ser, y que tales razones de ser se encuentran en una dinámica nacional que tiene orígenes tanto externos como locales. Los logros de estos capítulos son ricos e incitan a seguir adelante en el conocimiento de lo que en ellos se presenta.

Tres o cuatro libros en uno, cuya unidad se sostiene a pesar de las observaciones planteadas, que continúa lo iniciado en *Los pioneros del imperialismo alemán en México y Fascismo y antifascismo en América Latina y México*, de más o menos los mismos autores. La aportación al conocimiento de las relaciones germano-mexicanas a cargo de este equipo de trabajo del CIESAS ha sido muy grande.

Álvaro Matute
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México. 1845-1846*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.*

Tengo entendido que el libro de mi colega y antiguo alumno Miguel Soto, que motiva esta presentación crítica, *La conspiración monárquica en México. 1845-1846*, fue la tesis que le permitió al acucioso investigador recibir el grado de doctor en Historia en la Universidad de Austin, Texas, tras cursar los brillantes estudios de posgrado.

Consta tan importante obra que hoy ve la luz en México, publicada por la Editorial Offset, (1988) de seis capítulos, además del prólogo, la introducción, notas, "agradecimientos", conclusiones o "consideraciones finales", bibliografía e índice onomástico, tan útil esto último no sólo para el lector, sino fundamentalmente para el profesional (investigador o profesor) y que por indiferencia o negligencia no es, por desgracia, práctica generalizada en los libros de historia que se publican en nuestro país.

¿Qué es lo que motiva, preguntémonos, esa peculiar constante que constituye la clave de la historia mexicana a partir de la

* La presentación de este libro se realizó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el día 31 de agosto de este año.

independencia, que se caracteriza por “los continuos levantamientos y pronunciamientos cuyos propósitos y objetivos finales parecen consistir, exclusivamente, en encumbrar algún cabecilla o líder político”? Ésta es la cuestión que se plantea el autor en su prólogo, cuya solución encontrará el lector tras una meditada lectura, si bien Miguel Soto nos advierte cautelosamente que los móviles políticos últimos del proceso —aún hoy, a más de un siglo de distancia— distan mucho de estar completamente claros (p. 13). Tal es el caso que nos presenta el historiador cuando analiza en su estimulante libro la figura y talento de un jefe militar, el general Mariano Paredes y Arrillaga, uno más en la pintoresca y ambiciosa cauda de los *milites gloriosi*, quien gustosamente se dejó envolver en la red de la intriga monárquica que le tendieron el político conservador don Lucas Alamán y el embajador español en México don Salvador Bermúdez de Castro, auxiliados en la empresa por la Iglesia y por las clases pudientes mexicanas y, naturalmente, por el ejército.

En su despliegue temático el doctor Miguel Soto no utiliza el muy socorrido y congelante método técnico de numeración arábiga para las secciones y subdivisiones de su texto, sino títulos capitulares, encabezados significativos, orientadores y sugestivos, cuya sola lectura encamina ya al lector hacia el objetivo crítico propuesto intencionalmente por el historiador. Posee él suficiente imaginación histórica y por lo mismo rechaza la moda deshumanizante, técnica, puesto que ella no se acomoda de ningún modo al saber histórico que es, ante todo, conocimiento de lo humano; es decir, de las circunstancias que moldean la vida del hombre.

El autor quiere presentarnos, y lo logra con creces, “el retrato de cuerpo entero” de la contradictoria sociedad mexicana de la década de los cuarenta; de la sociedad “que perdió la guerra ante los ocho mil soldados de Winfield Scott” (p. 15). Intencionalmente el historiador marca la exigua cantidad de los soldados atacantes y victoriosos, cuyos éxitos sólo pueden explicarse dado que operaban contra una sociedad todavía en camino de formación. Era México por entonces un país que apenas iniciaba su desarrollo moderno; a saber, un conglomerado social inmaduro, no cuajado todavía; “una comunidad nacional —se nos dice— en estado de incipiente formación, la cual podía entonces lo mismo ser republicana que monárquica...” (*ibidem*).

Esta ambigüedad e irresolución sociales nos llevan a plantear este inquietante requerimiento: ¿realmente, los criollos y mestizos prominentes manejaban una nación o una entelequia? Miguel Soto nos dice que la gran mayoría del pueblo vivía su vida sin preo-

cuparse ni poco ni mucho con los cambios políticos; gobiernos iban y venían y pronunciamientos se sucedían casi con cronométrica regularidad sin que tales acontecimientos preocupasen a la gente. A este respecto es singularmente reveladora la respuesta de un indolente mulato a la pregunta azorada de un norteamericano que acababa de desembarcar en el Veracruz de la primera mitad del siglo pasado: “¿Pero qué pasa —demandó el viajero—, qué está pasando?” “Nada señor, nada, nomás una revolucioncita”. Otro caso típico nos presenta a su vez Miguel Soto en su libro, al referirse al siguiente hecho: con motivo del festejo popular del año nuevo de 1846, en la Plaza de Armas o de la Constitución, que desde julio de 1843 comenzó a llamarse Zócalo, el pueblo estuvo a punto de amotinarse porque no había presidente disponible, dado que Herrera se había visto obligado a renunciar a la presidencia dos días antes a consecuencia de la sublevación de Paredes en San Luis Potosí. El pueblo quería ver aparecer al presidente en el balcón central del palacio pues sin la presencia del mandatario la noche vieja y el año nuevo no tenían sentido. Como comentó don José Fernando Ramírez, citado por el historiador: “nadie había protestado por el abrupto cambio de gobierno y a nadie le importaba —con la excepción de unos cuantos— quién sería el nuevo presidente del país; pero cuando se supo que no habría celebración para festejar el arribo del año nuevo, entonces sí, una creciente inquietud amenazó seriamente la tranquilidad y sosiego de la ciudad capital” (p. 82). Reacción visceral encrespada del pueblo cuando se atentaba, aun sin propósito, contra cualesquiera de sus inveteradas costumbres; pero sordera y neutralidad casi absolutas frente a los cambios políticos.

A nuestro entender, esta apatía o indiferencia del pueblo frente a la *res publica* pone de relieve que la nación no estaba aún cuajada del todo; sin embargo, los políticos (liberales, conservadores y moderados), los militares (oficiales, jefes y generales) y los burgueses (pudientes, burócratas y periodistas) actuaban y manejaban la cosa pública como si verdaderamente ya estuviese aquella fraguada; e imaginaban con optimista espejismo que la nación ya estaba consolidada biológica, cultural, política y socialmente de acuerdo con el modelo, el programa o la fórmula política trasoñada y, pues, quimerizada. La visión ideal impedía la percepción de la realidad.

Según parece, solamente había en México un hombre sensato, el general José Joaquín Herrera, que se inclinaba al reconocimiento de Texas y rechazaba el enfrentarse militarmente a los norteamericanos. Ni incluso en cordura se le aparejaba don Lucas Alamán, quien por táctica política favorable a su tesis monar-

quista salvadora se disfrazaba de guerrero para no desentonar en el ambiente belicista de su tiempo, del que hacía gala irresponsablemente la mayoría, si no es que todos los mexicanos más representativos de aquella época. La prudencia fue dejada a un lado; se impuso el desvarío patriotero, disfrazado de nacionalismo, y desdeñando la posible ayuda que brindaban Francia e Inglaterra a cambio de que el gobierno mexicano reconociera la independencia de Texas, para evitar la incorporación de ésta a la Unión Americana, México se vio comprometido en una guerra de la que salió derrotado, con pérdida de las tres cuartas partes del territorio heredado.

Como comentaba en un artículo de fondo el periódico pro monárquico, *El Tiempo*, que glosa el historiador, las pérdidas territoriales de México no se debieron a que todos los gobiernos que habían regido la nación hubieran estado bajo el mando de puros ineptos o traidores; las divisiones y desacuerdos que existían en el país no resultaban de las actitudes personales de sus líderes políticos, sino de la falta de correspondencia entre la realidad y las instituciones republicanas que se habían tratado de implantar; pero débese aclarar que la misma falta de correspondencia presentaba la institución monárquica, como lo muestran los fracasos de 1846 y 1862-1867 y nosotros añadiríamos el imperial de 1822-1823.

Resulta sumamente curiosa la herencia hispánica de México, por lo que toca a la decisión dramática de éste, de arriesgar todo antes de ceder al reconocimiento texano que la mesurada política aconsejaba en aquel momento. Sabido es que España no reconoció a su antiguo reino mexicano hasta 1836 y llevó a cabo intentonas de recuperación como la invasión del brigadier Barradas en 1829, y asimismo la España finisecular antes de otorgar a Cuba la independencia se comprometió en una guerra contra los Estados Unidos (1898), de antemano catastrófica, que le costó perder no sólo la perla antillana, sino también Puerto Rico, Filipinas, Guam, las Carolinas y Marianas. La intransigente Madre Patria al igual que su intolerante hija o exhija mexicana arriesgaron mucho y perdieron todo ("hasta el último hombre, hasta la última peseta" como enardecidos clamaban los españoles diputados a Cortes, todo antes que liberar a Cuba); o las bravatas jactanciosas de los periodistas y políticos mexicanos en 1846, cuando fantaseaban sobre la posibilidad de llevar la guerra victoriosa hasta "las puertas de Washington"; o si se prefiere algo más reciente, cuando se alude hoy día al "carro completo" electoral o al peligro absoluto del "todo o nada".

En el libro de Miguel Soto que motiva estas meditaciones crí-

ticas todos los hilos de la madeja conspirativa, monarquizante y mexicana, van siendo desenredados y permitiéndonos ver *in puribus* los opuestos intereses de los protagonistas. Irrita al lector, cuando menos a mí en grado extremo, ver como se aproxima la tormenta devastadora y antes que tomar medidas protectoras para evitar por lo menos los máximos estragos, no sólo nada se hace, si por hacer se entiende la actividad inútil de un Diógenes, sino que se ponen obstáculos insuperables a la sensatez de los que quieren evitar males peores: tal el caso del general Herrera. En lugar de cerrar filas, los hombres representativos y estados importantes no se entienden y cada quien tira por su lado. No se constituye un frente común ni se realiza una labor defensiva de conjunto. Incluso Paredes se muestra indeciso, ambiguo; margaritea entre monárquicos y republicanos y cuando las lamentables e inesperadas derrotas de Palo Alto y Resaca de la Palma muestran la obstinada y triste realidad de las cosas y convierten en humo y en nada la artificiosa belicosidad, el prestigio presidencial queda por los suelos y todos se aprestan a hacer leña del árbol caído, incluso don Lucas Alamán, que vengándose de Paredes lo hace responsable de la guerra y las derrotas, como anteriormente acusó éste al congreso por la declaración de guerra (p. 190).

“El fin del gobierno de Paredes —comenta el autor del libro— marca también el final de la conspiración monarquista de 1846. Y así como la amenaza de guerra por la anexión de Texas había abierto la posibilidad de llevar a cabo el proyecto monarquista, la llegada de la guerra finalmente la clausuró” (p. 200).

El análisis crítico de la conspiración monárquica constituye, de acuerdo con el autor, la parte central, y esencial —añadamos— del trabajo. Éste abarca desde los obligados antecedentes históricos al desenlace final de la conspiración, con el subsecuente colapso del gobierno paredano. Quedan entre ambos extremos tres capítulos de los cuales el II se refiere a la conspiración, y a los conspiradores monárquicos; el III, al éxito inicial de la intriga y el IV al desafío de la oposición republicana. Hay además un capítulo último, el VI, dedicado al análisis de lo que el historiador Miguel Soto llama “la dimensión europea de la conspiración monárquica”, en la cual se sopesa irónicamente, me sospecho, la cantidad de ayuda que México podría haber esperado de sus “verdaderos amigos” (p. 200).

Este denso capítulo, tengo además para mí, que representa una novedad historiográfica mexicana, porque son pocos los historiadores nuestros que traspasan las barreras informativas extranjeras y van a la historia europea o estadounidense en busca de datos, apoyos, aclaraciones y tendencias (estas últimas para rechazar-

las, aceptarlas o afirmarlas). En llegando a este punto conviene aclarar que ya es habitual en cierto número de historiadores consagrados y en alguno que otro novel el hacer motivo de preferencia investigadora la historiografía norteamericana y los temas históricos, sobre todo los tangenciales a los nuestros; mas por lo que respecta a la historia europea, no ya únicamente la española sino también la francesa, inglesa o alemana, la curiosidad es menor y los contactos son mínimos.

Empero esto no reza para nuestro estudioso y dedicado historiador puesto que en la cátedra, en sus ensayos y en sus libros es patente su determinación de ampliar el campo de la investigación histórica mexicana rastreando e investigando las fuentes e historias extranjeras que puedan proporcionar luz a nuestros seculares problemas históricos. Hace años se lamentaba don Daniel Cosío Villegas del escaso número de historiadores mexicanos dedicados al estudio intensivo y extensivo de la historia y cultura de nuestro vecino septentrional; hoy la nómina es mayor y de excelente calidad, pero sigue siendo insuficiente. Miguel Soto es uno de los incorporados, y al cultivar simultáneamente la parcela historiográfica anglosajona e iberomexicana contribuye a la comprensión entre ambos pueblos.

En suma, y con estas últimas palabras rubricamos nuestra presentación, *La conspiración monárquica en México 1845-1846* es un estupendo y valioso libro en el que Miguel Soto analiza, profundiza y esclarece acontecimientos que habían sido abordados eventual y ligeramente por unos cuantos historiadores mexicanos. La maestría con que ha resuelto las complejidades del tema de estudio perfilan en el joven doctor a un investigador de primer orden del que son de esperar nuevos éxitos y nuevas aportaciones. De todo esto me congratulo por haber sido profesor del flamante doctor, cuando comenzó a cursar la licenciatura en Historia de México a raíz de su ingreso como alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, aunque no se a ciencia cierta si mis lecciones fueron para bien o mal suyo; es decir, si contribuyeron en algo a iluminarlo y acaso mucho, por desgracia, a entenebrecerlo.

Juan A. Ortega y Medina
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

Jesús Gómez Serrano y Enrique Rodríguez Varela, *Aguascalientes en la historia. 1786-1920*, 4 tomos, México, Gobierno del Estado de Aguascalientes e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, mapas, ils.

La historia regional ha dado amplios frutos durante la presente década, lo que ha permitido superar la visión centralista del devenir histórico y ha enriquecido el conocimiento en torno a nuestro pasado. En este proceso ha sido muy importante la participación de los historiadores locales que, apoyados por los institutos regionales de investigación, por los gobiernos de los estados y por instituciones de la ciudad de México, tales como el Instituto de Investigaciones Dr. José Luis Mora, han escrito sus propias historias. Así, han aparecido trabajos valiosos sobre Jalisco, Estado de México, San Luis Potosí, Chihuahua, Sinaloa, Veracruz y Yucatán.¹

Dentro de este esfuerzo destaca la obra de Jesús Gómez Serrano y de Enrique Rodríguez Varela titulada *Aguascalientes en la historia. 1786-1920*, que consta de cuatro tomos, y fue editada el año pasado por el Gobierno del Estado de Aguascalientes y el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Consta de una parte interpretativa, en la cual se estudia el desarrollo histórico de la región, y de un cuerpo documental, que agrupa documentos de gran importancia para la historia de Aguascalientes. La parte interpretativa, que comprende los tres primeros tomos, fue elaborada, casi en su totalidad, por Jesús Gómez Serrano, un joven y talentoso historiador de Aguascalientes. Sólo algunos capítulos quedaron a cargo de Enrique Rodríguez Varela. Este mismo investigador se ocupó de la laboriosa tarea de seleccionar y transcribir los documentos, crónicas y testimonios que se presentan en la segunda parte y que integran el cuarto tomo.

La parte histórica se divide en tres secciones, que comprenden la historia política, económica y social y que se titulan "Un pueblo en busca de identidad", "Los embates de la modernidad" y "Sociedad y cultura", respectivamente, lo que permite al lector obtener un panorama general sobre el desarrollo integral de la región.

¹ Entre las publicaciones editadas en 1987 y 1988 por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora destacan:

Marta Baranda y Lia García Verástegui, *Estado de México, una historia compartida*; Rosa Elia Mebius, *San Luis Potosí, una historia compartida*; Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, *Chihuahua, una historia compartida*; Sergio Ortega y Edgardo López Mañón, *Sinaloa, una historia compartida*; Carmen Blázquez Domínguez, *Veracruz, una historia compartida* y *Yucatán, una historia compartida*.

Al final del tomo tercero se incluye una tabla cronológica, que presenta en forma comparativa los principales acontecimientos que sucedieron en el ámbito nacional y en Aguascalientes. Dicha tabla constituye una gran ayuda para los maestros, alumnos e investigadores.

El espacio temporal de la obra cubre 134 años. Arranca en 1786 cuando se introdujo en la Nueva España el sistema de intendencias y Aguascalientes perdió su autonomía política, ya que fue anexada a la intendencia de Guadalajara, y concluye en 1920, en el momento en que Obregón subió a la presidencia. Comprende, por lo tanto, un periodo fundamental durante el cual se sentaron las bases del desarrollo moderno de la región.

La obra constituye una aportación importante a la historiografía regional y, por ende, a la historiografía nacional, ya que tiene el mérito de ser el primer trabajo de su género sobre la historia de Aguascalientes en el siglo pasado. Contiene una amplia reflexión histórica sobre el periodo y proporciona un gran cúmulo de información, proveniente, en su mayor parte, de fuentes de primera mano.

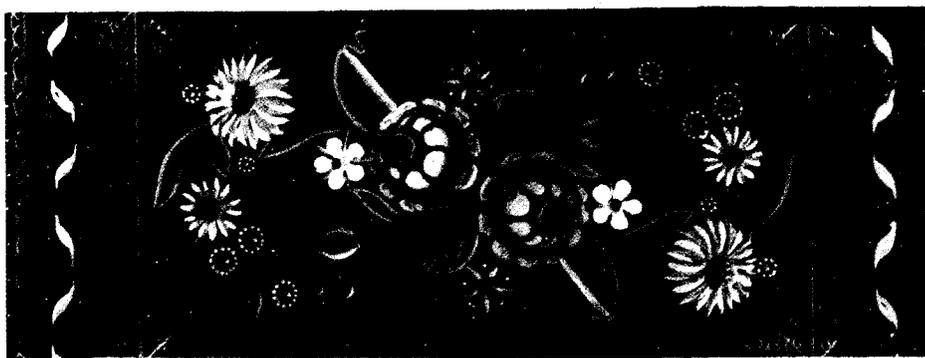


Nacimiento de madera. Oaxaca.

Posiblemente, uno de los mayores aciertos sea la manera como sitúan Gómez Serrano y Rodríguez Varela la historia de Aguascalientes dentro del contexto de la historia nacional. Conceden a dicha región un desarrollo propio, y no la ven como un mero apéndice, como sucede en muchas historias regionales. Pero tampoco caen en el error contrario de concebir el acontecer regional como algo desligado e independiente de la historia del resto del país. Se refieren, asimismo, a la influencia que Aguascalientes ejerció sobre su entorno regional, así como el papel que desempeñó en la historia nacional.

Tiene, sin embargo, un problema, por demás frecuente en este tipo de investigaciones que abarcan una temática muy amplia: el tratamiento de los diferentes capítulos e incisos que integran la obra es disparado y unas partes están más logradas que otras. Asimismo, la metodología aplicada no es uniforme. Estos desequilibrios se deben a la diversidad de las fuentes —que no son igual de ricas en todos los casos—, a la formación personal de los autores —que conocen mejor unos temas que otros—, al atraso de la historiografía en el campo —que obligó a partir casi de cero— y, posiblemente, a la premura con que se realizó el trabajo.

También el tratamiento de los diferentes periodos que caen dentro del espacio temporal estudiado, está desbalanceado. La mayor parte de la información, sobre todo la contenida en los tomos dedicados a la historia económica y social, se refiere al último tercio del siglo XIX y primeros años del XX, mientras que al resto del siglo XX se le concede mucha menos atención. Finalmente, los 35 años correspondientes a la colonia son casi ignorados y vistos sólo como un mero antecedente, dedicándoseles apenas unas cuantas páginas. Los autores no dan una explicación al respecto, como tampoco aclaran los motivos que los indujeron a tomar las fechas de 1786 y 1920 como límites.



Arcón de media rosa. Detalle. Olinalá, Guerrero.

Otro problema metodológico lo constituye el hecho de que no se define la región. Implícitamente se acepta que los límites están determinados por la división política, es decir, que en la colonia coincidían con la subdelegación de Aguascalientes y en el México independiente con el estado del mismo nombre. Pero ¿es aplicable este concepto de región en el ámbito económico y social? Los autores así lo asumen.

Por lo demás, el libro está escrito en un estilo fluido y ameno, salpicado de observaciones y reflexiones. Relata, por ejemplo, los efectos que la Convención de Aguascalientes celebrada en 1914, tuvo sobre la vida de dicha ciudad. Dice:

Para los aguascalentenses todo cambió. La ciudad vivía una atmósfera tensa, alucinada, y un sentimiento de temor y asombro se apoderó del ánimo de sus habitantes. Del oriente de la ciudad y durante varios días, llegaban los agudos silbatos de las locomotoras que anunciaban el arribo de millares de hombres, soldados y oficiales que de diversas y remotas regiones... llegaban a la importante convención.

El agradable y casi campestre paisaje de la estación y sus alrededores súbitamente se transformó. Por doquier se veían improvisados campamentos llenos de "armas, arreos, cajas de guerra, insignias". Centenares de mujeres... iban de un lugar a otro en busca de maíz para preparar la comida de sus juanes. La ciudad pronto se vio invadida de una ola de forasteros, casi siempre armados y mal encarados. Iban y venían individuos de todas las cataduras que echaban maldiciones, ordenaban o inquirían por sus batallones y regimientos. Los hoteles y mesones pronto fueron insuficientes para dar alojamiento.

...los desmanes estaban a la orden del día. Muertos y heridos eran el saldo rojo de las riñas y los pleitos callejeros entre soldados de las diferentes tropas que, envalentonados por el alcohol y por las hazañas que de ellos se contaban, al menor incidente... sacaban sus armas de fuego y asunto arreglado. Los jefes y caudillos que asistían a la Convención llegaron a confundir estos incidentes con la falta de garantías, cuestionaron la neutralidad efectiva de la plaza y pidieron se prohibiera la venta de alcohol.²

En resumen, el libro constituye un loable esfuerzo que significa un importante punto de partida para el desarrollo futuro de la historia de Aguascalientes, en particular, y la historia regional, en general.

Gisela von Wobeser
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

² Tomo 1, volumen 2, páginas 537-539.



Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.
Fotocomposición tipográfica y formación:
Grupo Edición, S.A. de C.V.
Impreso y hecho en México.
Tiraje: 1 500 ejemplares.

No ha sido de lo racional
sino de lo irracional
de lo que nacieron
los grandes acontecimientos.
Lo racional crea la ciencia,
lo irracional conduce la historia.

Gustave Le Bon,
La psychologie politique